

San Petersburgo y toda la comitiva entró en la ciudad, en la época en que la gente pudiente la abandona.

La señora Averief, después de enterarse minuciosamente de todos los detalles, instaló á Marta en su casa y ella misma la atendía con maternal solicitud, puesto que la joven viuda estaba muy débil y guardaba cama con mucha frecuencia. La conversación de esta señora, fundida en el crisol de tantas desgracias soportadas dignamente, era para Marta un lenitivo á sus angustias.

Un día decidióse á hablar con la señora Averief.

—Es posible que mi marido no se haya suicidado, pero lo que es cierto es que en aquel momento no hacía mucho caso de la vida. ¿Qué podía esperar de una existencia que yo no podía hacerle agradable? Si, como era de temer, había vuelto á enamorarse de mí, hubiéramos sido muy desgraciados!

—Hija mía, lo que Dios hace bien hecho está, contestó la señora Averief. Eres todavía muy joven y la vida es larga. Tienes el derecho de ser feliz, puesto que no has faltado nunca á ninguno de tus deberes.

A fuerza de insistir, concluyó por convencer á Marta, que poco á poco fué recobrando la salud.

XXXI

La guerra del Cáucaso podía darse por virtualmente terminada desde que Schamyl dejó de es-

tar á la cabeza de la resistencia insurgente. Alguna que otra partida suelta combatía con la tenacidad de la desesperación, y la lucha, circunscrita á un pequeño territorio, tendría forzosamente que acabar pronto. Miguel no encontró grandes facultades para permutar y á mediados de Marzo ya estaba en camino.

Dejó San Petersburgo en un estado de espíritu excelente; y había escogido el Cáucaso porque aquel teatro de luchas y de gloria era el único en donde podía prestar servicios á su país. Sin embargo, su inclinación no nació del entusiasmo de las armas; sabía que aquella era una guerra peligrosa de sorpresas y emboscadas y estaba muy lejos de su ánimo hacerse matar premeditadamente. Viviendo resignado podía dar pruebas de valor y ser útil á su patria, pero ¡morir cuando tal vez llegara un día en que Marta tuviera necesidad de él! Eso no.

En ese estado de ánimo, fué á despedirse de su tía la señora Averief.

—En el Cáucaso murió mi hijo y en Turquía mi marido, le dijo. Tu volverás, más feliz y más tranquilo. Pero tanto allí como aquí, haz honor al nombre de Averief.

Como una matrona romana, se revistió de valor y bendijo á Miguel. En el fondo de su alma, se decía que los martirios más cortos son los mejores y que Miguel esperaba tan pocas alegrías en esta vida, que no tendría gran sentimiento si la perdía.

La noticia de la muerte del príncipe Oghérof desconcertó á toda la familia y especialmente á la señora Averief. El sacrificio de su sobrino Miguel era inútil. Su primer impulso fué el escribirle para que regresara, pero pensó que no es tan fácil conseguirlo sin haber sentido el olor de la pólvora. Se contuvo á duras penas para no

exponer á su sobrino á una tentación demasiado halagadora. Como mujer, ignoraba la pujanza del deber militar y antes de decidirse á escribirle transcurrieron ocho ó diez días.

Pablo no tomó tantas precauciones. «La princesa ha quedado viuda», le dijo á su hermano. y al terminar la carta quiso felicitarle, pero se arrepintió de ello pensando en que su hermano no le había hablado nunca de nada.

Por desgracia, Miguel no recibió esta carta. No se reunía á su regimiento más que para ponerse en camino con él y la carta fué detrás del joven oficial de zurrón en zurrón sin poder llegar á su destino.

Aquellos ocho días fueron otras tantas jornadas de combates para la tropa heroica en la que Miguel acababa de recibir el bautismo de fuego. Una numerosa partida de rebeldes se había reunido en una especie de anfiteatro de montañas y desde allí hacían á cada momento incursiones mortíferas en los campamentos rusos.

Durante un mes, Miguel no pensó más que en la guerra. La fiebre del triunfo se había apoderado de él, y toda su fuerza, toda la energía de su carácter resuelto se dirigía á este fin. Arrastraba el peligro hasta tal punto que más de una vez tuvo el coronel que reprenderle por su temeridad. Miguel prometió ser prudente, pero en el siguiente combate, las circunstancias fueron más fuertes que su resolución.

En un día de Mayo, se dirigía el destacamento que mandaba Miguel hacia un estrecho valle, para hacer un reconocimiento. Todo estaba tranquilo; por el torrente cuyo lecho seguían los soldados, se deslizaba el agua con ritmo musical y en el fondo de la cañada aparecía una fuente estrecha y negra, de la cual manaba un hilo de plata que bañaba, al pie de una roca, un mimbreral

de delicados colores. El valle se iba estrechando paulatinamente y parecía que terminaba allí, rodeado de rocas inaccesibles.

—¡Alto!—gritó Miguel.

Las culatas de los fusiles se apoyaron en el suelo, pero en aquel mismo momento una lluvia de balas atravesó el destacamento. Al dispersarse el humo producido por la descarga, apercibióse en las rocas un caminito estrecho por el cual se podía pasar uno á uno.

Averief contó sus hombres. Alguno que otro estaba herido, pero no había ninguno grave. Entablara una lucha con un enemigo invisible hubiera sido inútil. Quedarse allí para recibir una segunda descarga, era insensato. Los montañeses hostilizan la tropa pero no se atreven á descender para atacarla.

Miguel ordenó la retirada, y una nueva descarga hirió en el brazo al teniente, un chiquillo todavía, que acababa de salir del colegio militar. Cubriendo Miguel con su cuerpo la retirada de sus hombres, cogió al oficial y le restañó la herida, y cuando llegaron á una curva del valle, al abrigo de las balas enemigas, vendó el brazo del oficial y volvió con su tropa al campamento.

Informó al coronel y esperó sus órdenes.

—No hay otra orden que doblar los centinelas—le dijo—somos pocos.

—Miguel saludó militarmente y regresó á su tienda de campaña.

Desde su regreso, el deseo irresistible de descubrir al enemigo, le invadió el pensamiento, y sin decir nada, distribuyó los centinelas en los puntos estratégicos, abandonó el campamento á paso de lobo y se dirigió á la montaña.

A duras penas pudo dar con el sitio en donde fueron atacados. La fisura de la roca estaba situada á veinte pies sobre el suelo y gateando llegó

al camino, que era un estrechísimo callejón abierto en la montaña. Con la espada en la mano, pues perdió el revólver, avanzó por el callejón, y al llegar al extremo, divisó á unos centenares de metros de distancia una especie de caserón construido en la cima de una montaña.

Miguel, oculto entre las rocas, observaba aquel edificio del cual salía humo. Un gran silencio reinaba en aquella vivienda rodeada de enemigos. Al pie del caserón, manaba una fuente cuyas aguas caían en un depósito hecho por la misma naturaleza. Apareció una mujer conduciendo un cántaro sobre la cabeza, lo llenó de agua y volvió á remontar penosamente las abruptas rocas, en las cuales, á fuerza de pico, se había construido una tosca escalera.

Sobrecogido Miguel por una emoción inesperada, miraba á aquella mujer cargada con el cántaro ascender por los escalones de granito. El enemigo estaba allí, pero la vida patriarcal de familia también y Miguel sentía tener que incendiar aquel caserón, que si por una parte era refugio de bandidos, por otra parte era un nido de familia.

La detonación lejana de un fusil, en la montaña, le hizo volver á la realidad de la existencia militar. Volvió al campamento, despertó al coronel, le contó su descubrimiento y recibió sus instrucciones.

Una hora después, aquel pasadizo de rocas estaba invadido por los soldados rusos, y el primer montañés que vino á la descubierta encontró su sitio ocupado. La descarga de un fusil, en el momento en que quedaba muerto de un bayonetazo, determinó la salida de sus compañeros y la batalla se inició en aquellas cúspides.

La guarnición de la fortaleza era importante; al cabo de unos instantes de resistencia al aire li-

bre, los enemigos se replegaron tras los muros del caserón, no sin haber dejado numerosos muertos en el campamento; pero los soldados de Miguel, con éste á la cabeza, atacaron denodadamente el edificio. y tras de breve, pero encarnizada lucha, el caserón fué tomado por asalto y entregado á las llamas.

Cuando el fuego envolvió las paredes de la casa, se vió aparecer sobre el tejado una forma blanca que extendía sus brazos suplicantes en demanda de auxilio. Todos los hombres habían muerto ó herido. ¿Cómo se había quedado esta mujer en la casa? ¿No tenía este edificio un pasaje secreto para poder escapar?

Después de su corta estancia en el tejado, la forma blanca desapareció, para reaparecer en seguida en el patio. La empalizada de madera que la cerraba estaba ardiendo, y la desgraciada, que acostumbrada á las feroces fechorías de sus compatriotas, no se atrevía á dirigirse á las tropas rusas que la llamaban, prefirió la muerte entre las llamas, á los suplicios que debían, según ella, esperarla entre los rusos. Loca de terror se retorció los brazos...

Miguel se lanzó por la escalera de granito.

—¡Averíef—le gritaban de todos lados—que la casa se hundel ¡venga usted!

Miguel no hacía caso. Llegó al patio, cogió á la mujer en brazos, se la echó á la espalda como si fuera una pluma y se dispuso á bajar... En aquel momento la casa entera se vino abajo, sobre el patio, y Miguel desapareció con su carga de la vista de sus soldados.

Un grito de horror se escapó de todos los pechos. Miguel se había hecho querer de todo el mundo. Los soldados consternados contemplaban el enorme brasero que iba apagándose; el humo desaparecía en pequeñas nubes, y un árbol que

había en el patio extendía por encima del desastre sus ramas secas y retorcidas por el fuego.

— ¡al vez no haya muerto—dijo el coronel— volveremos á remover las cenizas.

En efecto, algunas horas más tarde, se removieron los escombros, levantáronse las vigas medio calcinadas, y se hizo un escrupuloso reconocimiento, pero no se encontró ni el cuerpo de Miguel ni el de la mujer cuya vida intentó salvar.

En la orden del día apareció lo siguiente:

«Difunto: el capitán Averief, muerto en el campo de honor.»

La noticia llegó á San Petersburgo con la rapidez del rayo. Desde que estaba en el Cáucaso Miguel envió á su hermano tres ó cuatro cartas lacónicas escritas de pie, entre escaramuza y escaramuza. El coronel escribió á Pablo dándole detalles de la conducta del capitán Averief y expresándole el sentimiento que causaba al regimiento la pérdida de un oficial tan brillante.

Pablo no estaba muy seguro de la muerte de su hermano.

—No han encontrado su cadáver—decía— luego quizás no haya muerto.

La gente sensata alzaba los hombros ante estas manifestaciones y se condolía del pobre señor Averief que conservaba tales ilusiones.

La señora Averief ponía todo su cuidado para que Marta no se enterara de esta nueva desgracia, y bajo el pretexto de no excitar los nervios de la princesa viuda, había establecido una especie de cordón sanitario que no dejaba pasar los periódicos sino después de una minuciosa inspección.

Pero es imposible preverlo todo. La familia se había trasladado á Tsarkoé-Selo y Pablo iba de vez en cuando á pasar el día. No hablaba nunca de su hermano y Marta, por su reciente luto,

no le preguntaba tampoco. Un día, á petición expresa de la princesa, Pablo condujo á su hija. Prudente y precavido, tuvo el cuidado de poner á su hija un vestido blanco con adornos rosa.

La pequeña, á la que Marta había conducido al jardín para traerle un ramo de flores, jugaba con su princesa como ella decía.

—Para venir á verte—le dijo de repente—me he puesto este traje, pero me está muy corto.

—Pues es muy bonito.

—Pero me está pequeño—instituyó la niña y la institutriz dice que no vale la pena de alargarlo.

—¿Por qué?—le preguntó la princesa distraída.

—Porque ya no me lo pondré más. Desde que murió el tío Miguel no me pongo más que vestidos negros.

Marta, herida en el corazón, cogió á la niña de un brazo.

—¿Tu tío Miguel ha muerto?—le dijo.

—Sí... ¡Oh!—añadió la niña compungida...

—ahora recuerdo que me han prohibido decirte lo... porque estás enferma. No digas que yo te lo he dicho, ¿verdad? Papá me reñiría.

Marta había sufrido demasiado para dejar de soportar en silencio los golpes más crueles. Herida una vez más y en lo que tenía de más íntimo, no se doblegó por el infortunio.

Cuando entró á la casa dijo á la señora Averief:

—Miguel á muerto. Y usted me lo podía haber dicho. Ahora ya me encuentro bien de salud.

—¿Quién ha hablado?—contestó la abuela, pálida de emoción y asustada ante la calma de Marta.

—¡Qué importa! Un día ú otro había de saberlo Dios me ha castigado. Dios es justo. Me inclino ante su poder.

Y se dirigió á su habitación sin que la señora Averief intentara detenerla.

Se habla de mártires y torturas... ¡Dichosos aquellos que ven correr su sangre y sienten quemar sus carnes!; la muerte es inmediata y la gloria imperecedera. Pero aquellos que en el silencio de la noche; durante las somnolientes calmas de los días de estío, contemplan el fondo de su alma desolada y ven que el implacable destino lo ha destruído todo, lo ha arrastrado todo y que es preciso seguir viviendo con la agonía de los recuerdos y la nada de lo futuro.. esos son los verdaderos mártires!

Marta no enfermó; esta última sacudida cambió su vida por completo inspirándole una suprema resolución. Empezó á ocuparse de los asuntos de su marido, tratando de arreglarlos. Se pasaba las noches sobre los legajos de papeles, compulsando asientos, y concluyó por manifestar su decisión irrevocable de visitar las propiedades de su marido.

Podían engañarla acerca del valor de las tierras, decía; tenía que liquidar algunas ventas y quería hacer las cosas á conciencia. En realidad lo que Marta buscaba, era un pretexto para abandonar sus amistades cuya solicitud le molestaba á cada instante. El interés que se tomaban por su salud, la necesidad de disimular en su presencia, la imposibilidad de verse sola para llorar libremente, todas esas cosas le habían hecho imposible la vida de familia. Renunciaba á las alegrías de la vida y pasaría el resto de sus días expiando sus faltas, libre de toda cortapisa.

Para la realización de este proyecto contaba, como siempre, con su antigua aliada la señora Averief, que combatía y vencía todas las resistencias.

Marta dejó á San Petersburgo á fines de Julio

para dirigirse al gobierno de Moscou y desde allí á donde la condujera su fantasía, pues tenía que recorrer cinco ó seis propiedades. Por toda servidumbre se llevó á una camarera y á un antiguo intendente del príncipe.

Cuando se encontró sola en el compartimiento reservado del vagón, bajó los cristales de la ventanilla y respiró fuertemente.

—¡Gracias á Dios que podré llorar á mis anchas! dijo para sí.

Pero estaba el aire tan perfumado y la luna iluminaba tan agradablemente el paisaje que su corazón oprimido fué poco á poco serenándose.

Marta no lloró; una dulce melancolía invadió todo su ser, y en el fondo del alma sintió penetrar un sentimiento de alegría desconocido hasta entonces, el sentimiento de la independéncia y la alegría de la libertad.

XXXII

Tenía razón en dudar Pablo Averief; su hermano Miguel no había muerto. Bloqueado por las rocas, pero á salvo del desplome del edificio, estuvo seis horas encerrado con la mujer que intentó salvar, una humilde criada, fea y envejecida por el trabajo.

Los montañeses, cuando fueron á visitar las ruinas del caserón, vieron á Miguel y se lo llevaron prisionero. Durante quince días estuvo acechando una ocasión propicia para escapar; pero estaba muy vigilado porque lo consideraban como

un rehén importante en caso de canje de prisioneros. Por otra parte, desposeído de armas y sin el uniforme, que le quitaron, corría el riesgo de ser maltratado por los suyos antes de ser reconocido. Esta consideración no lo detuvo y un día, aprovechando la entrada de las tropas en el caserón nuevamente construido por los rusos, se evadió sigilosamente. Dispararon contra él y le fracturaron la clavícula de un tiro, sin perjuicio de un buen número de erosiones que le causaron otros disparos menos certeros.

Llegó al cuartel ruso después de muchos rodeos, en un estado lastimoso.

El primer centinela que encontró, le hizo prisionero. Tratado como espía y mal cuidado, consiguió por fin darse á conocer é inmediatamente fué reintegrado en sus grados y jerarquía. Su herida le dió derecho á una licencia y Miguel la aprovechó con objeto de llegar pronto á San Petersburgo para demostrar á los suyos que la noticia de su muerte era prematura. Al llegar á la primera oficina de correos, recogió toda su correspondencia detenida allí hacía mucho tiempo. La primera carta que abrió, fué la de la señora Averief y la única frase de la que no se olvidó nunca fué la de:—Marta es viuda.

Miguel, aturdido, miró la fecha de dicha carta, leyó y relejó cien veces aquella frase, guardó el resto de la correspondencia en el bolsillo, sin leerla, y corrió á encargar un caballo de posta. Cuando regresó, leyó las otras cartas que le confirmaban la buena noticia y decimos buena, puesto que Miguel no derramó ni una sola lágrima por el príncipe, ni siquiera se acordó de él. El hombre es egoísta, según dicen los filósofos.

El camino le pareció largo, y lo era en efecto. Sin embargo, las carreteras en aquella época del año eran excelentes; el sol de Agosto no moles-

taba en lo más mínimo al joven oficial y la fractura de la clavícula tenía de bueno el que no le impedía proseguir su camino. ¡Cuántas verostas tuvo que recorrer antes que poder llegar á contemplar la arquitectura de una estación de ferrocarril!

Afortunadamente le acompañaban pensamientos risueños. Una sola cosa le inquietaba: el modo como habría acogido Marta la noticia de su muerte.

Sin noticias posteriores, á fines de Mayo, estaba separado del mundo por un abismo. ¡Cuántas veces miró los periódicos, temiendo encontrar en alguno de ellos la esquela de defunción de su bien amado!

Cubierto de polvo y curtido por la vida militar y la fatiga, llegó una noche á casa de su hermano.

Pablo, sorprendido al principio, manifestó su alegría con extravagancias impropias de un hombre serio. Daba vueltas alrededor de Miguel, lo palpaba y lo sacudía dulcemente para asegurarse de que era él en carne y hueso, un poco maltrecho, pero vivo. Por último, tomó el partido de sentarse en frente de su hermano y empezó á mirarlo como si quisiera tragarlo con la vista.

Después de la primera explosión de alegría, Miguel se quedó embarazado sin atreverse á preguntar aquello en que más interés tenía. Pablo fué en su socorro.

—Los Averief y los Milaguine están en Tsarkoe-Selo, dijo.

Pero como el asunto principal no aparecía, añadió:

—La princesa salió hace quince días á hacer un viaje por sus posesiones.

—¿Estará mucho tiempo ausente? preguntó Miguel.

—No se sabe nada. Por lo que yo he comprendido, parece que viaja para distraerse.

—¿Para distraerse? repitió Miguel.

—Sí. Desde...—Pablo vaciló.—Desde hace algún tiempo ha cambiado mucho la princesa...

—¿Desde que quedó viuda? insistió Miguel que esperaba algo sin saber el qué.

—No; desde... en fin, te lo diré; desde que se enteró, bien á pesar nuestro, de la falsa noticia de tu muerte.

Miguel quedó silencioso un momento, pero sus ojos húmedos y su sonrisa emocionada hablaron por él; tendió la mano á su hermano y se estrecharon ambos con efusión sincera.

—¿No estará enferma, verdad? preguntó Miguel.

—No; es decir, enferma no está, pero se busca la muerte á fuerza de pensar y de sufrir.

—¿Dónde se encuentra en la actualidad?

—Eso se lo tendrás que preguntar á la tía Averief respondió Pablo. Ella es la única que conoce las pensamientos de la princesa.

—Ya me harás el favor de decirle que iré mañana á verla, dijo Miguel. Y ahora ponme una cama en cualquier sitio, porque no puedo resistir más.

Mientras que se preparaba el dormitorio, Pablo intentó conocer algunos detalles de su vida en el Cáucaso, pero fué inútil.

—Mira, le respondió Miguel; todo eso ha pasado ya, y yo mismo no sé si las cosas han sucedido en realidad; en los momentos en que me ocurrían todos esos contratiempos, mi cuerpo estaba allí, pero mi alma se encontraba muy lejos. Ahora mismo, conservo solamente una idea confusa de lo que he pasado en la guerra. Tal vez me acuerde más tarde. En todo caso, eso no representa nada importante en mi vida y no tengo interés en conservar su recuerdo.

Al día siguiente, Pablo salió muy temprano para Tsarkoe-Selo, anunciando que su hermano llegaría á las tres de la tarde.

Cuando pisó Miguel el andén de la estación de la residencia veraniega se encontró con Sergio y Nastia que le esperaban llenos de impaciencia. Abrazado, besado, loco á preguntas, salió del paso como pudo, hasta llegar á la casa de la señora Averief poco distante de la estación. Su tía le esperaba en el salón, con un sacerdote.

Las costumbres de toda la vida le hacían profesar un gran respeto á la bendición de la cruz en todas las circunstancias solemnes. Así fué que Miguel franqueó la puerta de aquella casa en medio de cánticos religiosos. Cuando se perdió entre el humo del incienso el último eco del postrer canto en acción de gracias, la señora Averief tendió los brazos á su sobrino.

—Mi hijo se perdió y lo he encontrado, dijo la señora Averief con la Escritura. La guerra me ha devuelto uno de los míos. ¡Que Dios sea loado!

Sergio y Nastia, siempre juntos, miraban á su primo sin cesar en esa contemplación; pero de toda la familia, al señor Milaguine fué al que le costó más trabajo convencerse de ver á Miguel vivo.

Después de una serie interminable de preguntas y respuestas, la señora Averief dijo á los presentes que tenía de hablar con Miguel sobre asuntos particulares, y cada cual se fué por su lado.

Ya era tiempo; la violencia que Miguel se impuso desde hacía dos horas había concluído por fatigarlo y enronquecerlo.

—Tía mía, le dijo cuando estuvieron solos; hábleme usted de ella; no puedo esperar más,

Con una palabra la señora Averief calmó su ansiedad.

—Te ama.

Miguel cubrió de besos la mano de su tía.

—Paciencia, añadió sonriendo la buena señora; pronto la verás.

—¿Dónde está?

—El sitio preciso, no lo sé, pero lo descubriremos y dentro de un mes estará de regreso.

—¡Un mes! ¡eso es una eternidad! ¡Un mes, como si dijéramos veinte años!

—A menos que vayas tú á buscarla.

—Vaya si iré á buscarla, y la encontraré con tal de que usted me indique únicamente el rincón del mundo en donde se encuentre.

—Ya hablaremos de ello en seguida. Yo también tengo algunos sucesos que explicarte. Ante todo, ¿sabes que Paulina murió?

—¡Paulina! ¡no lo sabía! ¿Cómo ha sido eso?

La señora Averief contó á Miguel todo lo que había sucedido en el campo desde la llegada de los príncipes hasta que ocurrió la catástrofe.

—Pero lo que más ha indignado á Marta, añadió para terminar la señora Averief, es un descubrimiento que ha hecho registrando los efectos de Paulina. En un cofre que contenía papeles y algunas joyas, se ha encontrado Marta un ramillete de flores de azahar secas y una carta tuya, fechada en Menton, y dirigida al señor Milaguine.

—¡Mi carta y mi bouquet! dijo Averief. ¡Ah! ¡la miserable!

—¡Ya no existe! contestó la buena señora. ¡Que Dios la perdone!

Miguel bajó la cabeza, pero sin unir sus deseos al ruego de su tía.

—Y ahora, ¿cuáles son tus proyectos?

—Desde que Marta está viuda no tengo más que una idea: buscarla, traerla entre mis brazos y llevármela otra vez tan lejos que no pueda nadie volver á arrebatármela.

—Pero antes de hacer eso, te casarás con ella, dijo la tía sonriéndose de su vehemencia.

—Miguel se echó á reír.

—Es claro. Por de pronto voy á pedir su mano al señor Milaguine; tengo miedo que cualquier otra desgracia se vaya á interponer una vez más entre el néctar y mis labios.

—¡Tan pronto! ¿Estás loco? El pobre hombre es capaz de tener un ataque de apoplejía.

—Bien ha sobrevivido á la petición de Sergio, respondió alegremente Miguel; ya estará curtido.

—¿Y cuando haya consentido?

—Me iré á buscar á Marta y os la traeré aquí.

—Pero no te podrás casar en seguida; la ley lo prohíbe y además las conveniencias...

—Tía, contestó gravemente Miguel, no pretendo casarme en seguida con Marta, porque, como usted ha dicho muy bien, la ley y las conveniencias sociales se oponen á ello; pero declaro formalmente que si se me ha de impedir unirme á ella para no perderla de vista hasta el día en que sea mi mujer, regresaré inmediatamente al Cáucaso y no volveré, si vuelvo, hasta el día en que las circunstancias me permitan reclamar la mano de mi mujer, libre de todo obstáculo.

La señora Averief miró á su sobrino y comprendió que esta resolución era irrevocable.

—Como quieras, le dijo. Nunca se ha hecho en el mundo una cosa semejante, pero está escrito que en mi casa no se ha de casar nadie como se hace en las demás!

—¿Querrá usted, tía, apoyar mi petición, cerca del señor Milaguine?

—Creo que pondrá algunas dificultades de momento; pero, en fin, eso será una razón más para que yo esté presente, le contestó la señora Averief con una pizca de malicia.